

PUNTOS
DE SUSCRICION.

Los mismos que
los del COMER-
CIO.

LA MODA.



PRECIOS
DE SUSCRICION.

Para los suscri-
tores á EL COMER-
CIO 4 rs. al mes.
Para los no suscri-
tores 6. Para los de
fuera francas 7.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATRO, COSTUMBRES Y MODAS.

SALE TODOS LOS DOMINGOS

PUBLICACIONES NUEVAS.

MUSEO DE NOVELAS HISTORICAS.

—0—

Entre los muchos siglos anónimos que han pasado por el mundo no ha faltado alguno que por especialísimas circunstancias haya obtenido el honor de recibir un nombre; pero estaba reservado al presente la gloria de tener cuatro ó cinco por lo menos, sin otros muchos que así pueden cuadrarle como los generalmente recibidos. En efecto, los mecánicos le llaman *siglo del vapor*, los filósofos ó los que se precian de tales, *siglo de las luces*, los políticos de esquina, *siglo de las reformas*, y así sucesivamente. Yo, con igual derecho á mi entender, quiero llamarle *siglo de la tinta*, y no en verdad por el color, que eso es harina de otro costal, sino porque desde que hay por el mundo papel, plumas y tinteros jamás se ha gastado con tal profusion aquel negro humor como le llama algun poeta.

Sin embargo, como lo que se escribe ha de acomodarse al gusto de los que leen, resulta que hoy los periódicos son todo y los libros casi nada. La literatura, por ejemplo, se ha embutido en folletines ó en artículos de revista, y aquellos no solo se apoderaron tiempo ha de cuentos y de novelas de menor marca, sino que luego han dado lugar á tomos y tomos, subiéndose hasta dramas, y quien sabe si el día menos pensado nos trasladarán á sus columnas alguna obra de teología moral ó dogmática, de aquellas á las que viene de molde el tomo en folio y el pergamino. Pero tomando el asunto tal cual hoy se halla, diremos que á mas de las largas novelas de Sue y de algun otro, que son el pan cotidiano de los periódicos franceses de mayor crédito é importancia, hallan su

hueco otras mas cortas, cuyos autores no dejan de gozar algun regular concepto, y aun no falta entre ellos tal que haya pretendido rivalizar un dia con el gran novelista ya citado. El hacer conocer estas producciones trasladándolas á nuestro idioma ha sido el objeto que se ha propuesto sin duda el compilador y traductor del *Museo de novelas* que ha principiado á publicarse en esta por entregas de 24 páginas, las cuales saldrán dos veces por semana segun el prospecto.

El precio mensual es solo de seis rs. vn., llevadas á casa de los suscritores, cosa que á la verdad no puede ser mas módica.

El *Museo* ha hecho su estreno con *El baile del Vicelegado* por Madama de Raybaud, y entre las novelas que promete las hay de Balzac, de Soulié, de Berthoud y de Scribe, nombres todos mas ó menos ventajosamente conocidos.

Deseamos prosperidad completa á la nueva empresa, aunque no sea mas sino porque trata exclusivamente de divertinos, y eso por poquísimos dineros.

F. F. A.

TROPIEZOS DE UNA ESCALERA.

—0—

No hay que asustarse: la escalera de que voy á hablar no es de aquellas oscuras y laberínticas, sigilosamente buscadas á ciertas horas de la noche en Madrid, las cuales si dijeran lo que pasa por ellas, nos obligarian á taparnos los oídos, apurando todas las interjecciones de la gramática. *Las paredes oyen*, dice el refran; pero la experiencia nos enseña que callan, y mas vale así. Por lo demás, cosa chusca seria el oír hablar á una pared, ya fuese de la alcoba de una beldad, ya del gabinete de un señor ministro. Los muros de la escalera de una cárcel podrian tambien contarnos anécdotas interesantísimas. ¡Tremendos escalones son los de una cárcel! solo son mas terribles los de la vicaria.

Yo habito en un cuarto tercero de una casa nueva: tengo por consiguiente una habitación, reducida (porque yo soy huésped) á una pieza sola, no muy larga, á la verdad, pero sí muy angosta. Cabe en ella, sin embargo, una cama allá en el fondo, y desde las cortinas que la rodean hasta el balcón hay, primero un aguamanil, y luego un armario, y después una mesita para escribir, y en el lienzo de enfrente cuatro sillas y un cofre. Cuando me vienen á ver hasta seis amigos, casi podemos estar sentados. Ya ven mis lectores que tengo una vivienda por el estilo de la de Sócrates, y eso que yo no puedo compararme con Sócrates sino en lo feo. Me parece, con todo, que mi patrona es mas fea que yo. Una bendita de Dios aparte de esto; muger tan mortificada y penitente, que lo mas del año me trae penitenciado á mí, sin pensar en tal cosa. Cuando no se olvida de echar en la olla el chorizo, me suprime los postres: su memoria es tan infeliz que no se acuerda de coger los puntos de mis calcetas, y tal vez equivoca el día 21 con el último del mes. A pesar de todo, yo no pienso en mudar de posada: algo será ello.

Suenan tres golpecitos suaves en la pared donde apoya la cabecera de mi cama, pared que es la medianería entre mi casa y la del vecino: contesto inmediatamente y corro al balcón; el balcón es lo que yo pago á mi huésped. Por pronto que me asomé ya se halla en el balcón inmediato una linda jóven que me dice: estamos solas y vamos á salir; si pasa usted á casa puede que mamá le permita que nos acompañe. — Mercedes, niña, ven aquí, grita la mamá desde adentro, y Mercedes tiene que escapar para que no la pillen en el garlito. Doña Gregoria es una madre con toda la severidad del siglo XV, todo el saber del siglo XVIII, y toda la desconfianza del siglo XIX: ¡vaya usted á averiguarse con la quinta esencia de tres siglos juntos! Así es que solo he podido besar á mi hermosa la mano una tarde que paseábamos en un sitio donde no parecía un alma, y fué porque habiéndose levantado una fuerte ventisca, el polvo había cegado momentáneamente al Argos que nos vigilaba. ¡Triste sagacidad la de los mortales, cuando una ráfaga de viento se burla de ella!

Vístome apresuradamente, pero con esmero; ya he dicho que no soy nada galán, y que mi dama es muy linda. No hay que escandalizarse de que una jóven hermosa se prende una figura de tapiz, porque las mugeres suelen por lo común escoger lo peor, y mi adorada, entre sus muchas perfecciones tiene el defectillo de ser coja. Con las señoritas sucede lo contrario que con las composiciones poéticas; son menos difíciles las de pié quebrado. Bajo á brincos la escalera de mi casa, salgo á la calle, entro en el portal de Mer-

cedes, y pongo el pie en el primer escalon al mismo tiempo que una criada sacude desde el último piso un felpudo, no removido quizá en dos meses; y la puerca me cubre en un santiamén desde el sombrero á las botas con una capa de polvo de un dedo de grueso. Juro y reniego copiosamente, pero la broza no huye de mi vestido espantada con mis juramentos; y por no dar que reír á doña Gregoria, y quizá á su amable hija, vuelvo á mi cuarto para limpiarme, y por lo pronto tengo que ponerme en camisa. Terminada la operacion, salgo nuevamente de casa, pero tomo mis precauciones antes de internarme en la fatal escalera. Ya habia subido sin tropiezo hasta el cuarto segundo, cuando un inmenso coloso de esparto, una movable columna, una torre inclinada, sostenida en los hombros de un robusto gallego, me ataja el camino. ¡Maldiga Dios quien tan inoportunamente me desestera! Resuélvome á retroceder, no pudiendo avanzar, mas ni aun esto me permite mi pícara suerte. Mientras yo calculaba si el rollo de estera me dejaria paso, otro mozo de cordel que sube con un estante me corta la retirada; cósome contra la puerta del cuarto segundo, y la puerta se abre, y caigo á la larga besando casi las faldas de la respetable doña Casilda, que salia acelerada de su habitación, temerosa de no hallar asiento en las tribunas del Congreso. Nunca dije con mas propiedad, á los pies de usted, á una señora, nunca lo dije tampoco de peor gana ni con mas sentimiento: habia caído en manos de la muger mas habladora que produjeron jamás padre sangrador y madre ropera.

«¿Se ha asustado usted? ¿Se ha hecho usted daño? Tome usted un vaso de agua.» Y que quieras que no, me encaja en la cocina. «Venga usted donde le dé el aire.» Y me lleva sin mas ni mas á su balcón, perpendicularmente colocado debajo del de Mercedes. «Lo mismo que á usted, continúa, le sucedió á don Telesforo Quincoces el año que fué tesorero de la hermandad de San Lucas Evangelista, quince días antes del que habíamos señalado para casarnos. Cuando digo que le sucedió lo mismo, quiero decir solamente que se dió una costalada en una escalera; pero el pobrecito de don Telesforo se desnucó del golpe. — ¡Mal rayo parta las escaleras! replico yo. — Amen, contesta doña Casilda: en una escalera fué tambien donde reñimos mi Telesforo y yo la última vez. Y la buena señora me ensarta la relacion de un altercado ocurrido el año que se incendió la plaza mayor de Madrid. Cuando me refiere las razones de don Telesforo, baja la voz misteriosamente, cuando me da cuenta de las suyas, se enagena, habla en primera persona, y todos los que la oyen se figuran que riñe conmigo. «V. es un pérfido, exclamaba como una energúmena, V. hace cocos á la vecina, y luego dice que me quiere; no piense V. que á mí me satisface con

decir que se correrán el Domingo las primeras amonestaciones. Una pelotilla de papel que me da en la cabeza, me hace mirar al balcon de arriba, y de entre los hierros veo escaparse la falda de raso de mi bella coja: conozco que nos ha oído, recelo una equivocación que puede ser fatal á mis amores; despídome de la novia del difunto cofrade de San Lucas; pero la desapiadada doña Casilda se ha apoderado de mi sombrero, y tarda en limpiarlo todo al tiempo que basta para que el golpe de la muleta de Mercedes deje de sonar en los peldaños de la escalera.

Recobro por fin el sombrero; salgo aceleradamente... ¡Otro nuevo obstáculo! Un astroso mendigo, tuerto por mas señas, me saluda militarmente con la mano izquierda, me dice que cayó prisionero en la Peña de Orduña, y me pide una limosna con un modo que da ganas de contestarle sacando del bolsillo, no una moneda, sino una pistola. Conténtole, ó creo contentarle, con una columnaria, y logro por último verme en la calle; pero ni en la calle ni en las inmediatas descubro á mi querida, su muleta parece que se ha convertido en el baston alado del correveidile de los dioses. Cabizbajo y melancólico me restituyo á mi palomar, y al desnudarme echo de ver que mi reloj y mi dinero se han ido sin mi licencia con el prisionero de la accion de Orduña, dada en los campos de Aragon.

Ardiendo vea yo tan peligrosa escalera, luego que Mercedes se mude á otra casa, y antes que deje su cuarto la habladora de doña Casilda.

J. E. H.

EL NIÑO JESUS MONASTERIO.

Cosas hay que no se conciben hasta que se ven, pero apenas se alcanza como es que pueda haber algunas que difícilmente se conciben aun después de haberlas visto. Sin embargo, en este número se encuentra el que un niño de poco mas de seis años sea profesor de violin, dees eir, de un instrumento difícilísimo, y que en él ejecute con admirable sultura y esquisita espresion. He aquí lo que hemos tenido ocasion de admirar durante algunos dias de la anterior semana en el teatro Principal, y con nosotros el público entero cuyas palmadas y cuyos brávos han sido tan estrepitosos como profunda era la sensación que unánimemente se esperaba. Las infantiles éincentes gracias de una interesante figura producian ciertamente un maravilloso contraste con la habilidad grave de un profesor que con el papel delante y el instrumento en la mano se olvida del público, de la escena, y hasta de sí mismo para ocuparse tan solo de su música. Esta última circunstancia es por cierto notable y

suficiente á revelar en aquel niño un alma de artista y una aficion sin límites, unidas á unos prodigiosos medios de ejecucion.

Jesus Monasterio es en suma un verdadero fenómeno con respecto á su organizacion y una notabilidad artistica. Escelente dato fuera este para algunas observaciones frenológicas, y de seguro el doctor Gall hubiera dado por ello un ojo de la cara.

Demos pues gracias á la Providencia por haber concedido á un hijo de nuestro suelo tan raro privilegio: si no salen fallidas las esperanzas que hoy hace concebir, á fé que no tendiémos un día que envidiar á la Italia su Paganini.

F. F. A.

MODAS.

—0—

Continúa todavía la inaccion en la moda, pero ya se nota gran movimiento entre las modistas para preparar los trages, y las novedades que han de alimentar la fantasía de las mugeres, y acrecentar su peculio durante el invierno, con grave disgusto del padre ó del esposo, que tienen que subvenir á tan gravosa contribucion. Se hace ya provision de sombreros de pajas sencillos, que puedan resistir al viento y al rocío, otros frescos y graciosos, como el risueño jardin en que deben ostentarse, y por último de otros para la noche, que tengan toda la ligereza y coquetería de los peinados de sociedad.

Como hemos dicho en otros números, los vestidos de seda, se guarnecen frecuentemente en forma de delantal; los sesgos que adornan el jubon y el cuerpo, van festoneados con seda del mismo color del vestido. Se usan tambien vestidos de barege con los cuerpos medio escotados, ya sea con vuelta, con un cuello plegado como una chorrera, ó ya fruncidos á la Lucrecia; entonces los pañuelos se ponen por encima, y la mayor parte están bordados con un escampado, y rodeados de una guarnicion festoneada.

En cuanto á modas agradables, nuevas y fáciles de ejecutar, citaremos los canesús de batista bordada con hilo de Escosia, que producen el efecto de un bordado de relieve. En seguida los mitones de seda negra ó de color oscuro, que terminan en la parte superior, con un bordado de oro y seda mezclados, y que hacen el efecto de un brazalete; estos mitones fáciles de hacer se llaman *mitones argelinos*. Las damas elegantes los usan hechos por ellas mismas, con gran primor, en momentos de descanso de su trabajo en tapicería, con que entretienen los dias lluviosos de la estacion.

Deseamos con ansia que se pronuncie el in-

vierno para poder presentar á nuestras elegantes, modelos que esciten mas su curiosidad, y nos ofrezcan á nosotros la ocasion de entrar en mayores detalles.

TEATRO PRINCIPAL.

COMPANIA DRAMATICA.

En el último trasiego de compañías acaba de tocarnos la que en los pasados meses ha trabajado en Sevilla, desde donde llega con escala en Sanlúcar segun es uso y costumbre en las expediciones teatrales. La hemos recibido como se recibe á antiguos y apreciados amigos, y no podia ser de otro modo. Las señoras Yañez, Ferrer y Revilla, los señores Lugar, Calvo, ambos hermanos Arjonas, Cejudo etc., no es fácil deja de despertar en este público gratos recuerdos, y así lo manifestó en su representacion primera. A dicha, y en buena hora se cuente, no ha habido hasta aqui motivo alguno para que se arrepienta de la deferencia con que fueron por él acogidos.

Hannos dado por funcion de entada una comedia de don Ventura de la Vega titulada: *Los partidos*, pieza un tanto de circunstancias, por mas que lo quiere disimular, y que como todas las de su especie no diremos perderá, sino que de hecho ya ha perdido una buena parte de oportunidad, no obstante que su fecha parece recientísima.

La comedia en cuestion es una de aquellas producciones que en general causan una impresion agradable, porque hay en los pormenores cierta verdad cómica y ciertos resortes que aunque nada nuevos en la escena y mucho menos en el mundo, pueden tener en determinadas circunstancias el interés de una alusion donde tantas pueden hacerse. Mirada empero á la luz de la crítica saltan desde luego á la vista defectos harto notables, siendo el primero y el mayor la incongruencia que se echa de ver entre la época en que la accion se supone y las ideas y hasta las palabras del drama.

En efecto, el autor, por huir sin duda de un escollo manifiesto que hábilmente conoció deber evitar á toda costa, nos traslada á los tiempos de la guerra de sucesion entre Felipe V y el archiduque, colocando la escena en Bihuega para que la célebre batalla de este nombre le sirviese de desenlace, ni mas ni menos que ya lo habia hecho Breton de los Herreros en su comedia *No ganamos para sustos*; pero desde luego se vé que la eleccion de aquella época es solo un ardid para desorientar en lo posible al público, puesto que los personajes, por mas que vistan ancho ca-

sacon y usen sombrero á la chamberga, son, sin quitarles punto ni coma, poltreros del año de 1842, con las mismas antipatias de partido, las mismas ideas y el mismísimo language que estos.

Ahora bien, que las disensiones de aquella guerra no se parecen cosa á las de hoy, eso me parece fuera de duda. Dos príncipes extranjeros que se disputan á mano armada un trono no encuentro muy posible que pusiesen á esta nacion en el caso de que su mejor ó peor derecho penetrase de un modo tan violento hasta el fondo de la sociedad para agitarla ó conmoverla, á términos que una obscura familia de la Alcarria llegase á romper todos los vínculos de la sangre, del cariño y del interés por sola la cuestion de que el que se ciñese la corona hubiera de llamarse Pedro ó Juan. Otros intereses mas inmediatos se necesitan para esto; y he aqui porque entonces las provincias enteras, mas bien que los individuos, fueron las que se declararon por uno ú otro de los pretendientes al trono. Pero dejando esto aparte, ¿adonde se encontraban entonces las palabras *identificado*, y otras muchas que por nuestro mal hemos visto nacer en medio de nuestras recientes discordias? No pocas pudiéramos citar con la comedia en la mano, pero entendemos que bastará por muestra la que acabamos de estampar y que casualmente hemos conservado en la memoria.

Los Partidos es pues una comedia de circunstancias, que por otra parte no carece de buenas escenas y de situaciones cómicas. Así no podia menos de agradar y de ser notablemente aplaudida. El interés de tales piezas, si no suele ser muy duradero, es por lo menos seguro y vivo en su oportuna sazon. Esto puede esplicar muy bien su éxito aun cuando hubiese carecido del mérito que no pretendemos negarle.

Por todos fué ejecutada con esmero y con acierto sumo, y el público, altamente complacido, pidió al final la presentacion de los actores en la escena para colmarlos de aplausos, así como antes los habia dado á la comedia.

Un novio á pedir de boca, *El primito*, y *Bruno el tejedor* han sido ejecutadas despues. Como son harto conocidas, y la mayor parte han sido ya representadas por estos mismos actores resulta que habrémos de ratificar los elogios de otras veces, así como el público ha ratificado con nuevos aplausos los que en otro tiempo supo repartir.

Démonos pues, y demos á la compañía la mas cumplida enhorabuena por sus primeros pasos. Dios los tenga de su mano para no caer.

F. F. A.

Imprenta de EL COMERCIO, calle del Vestuario número 97.